

JUAN ANTONIO
MONROY



EL
MITO
DE LAS
APARICIONES

Posteado por jose1958anto

EL MITO DE LAS APARICIONES

Juan Antonio Monroy

Juan Antonio Monroy El mito de las apariciones | A quien leyere

423

A quien leyere...

En el verano de 1961, hallándome yo en Londres, un abogado inglés invitó a un sacerdote católico romano y a mí para que participáramos en una conferencia sobre libertad religiosa en París. Después de la conferencia, que se celebró en un céntrico hotel de la capital francesa, el sacerdote húngaro me dejó un periódico en el cual se publicaba un breve suelto hablando de unas apariciones misteriosas en una aldea santanderina. Cuatro niñas decían que veían a la Virgen y hablaban con ella. Era una de las primeras noticias que se publicaban en el extranjero sobre este extraño suceso, y el redactor no era claro en sus explicaciones. Esta fue la primera noticia que tuve de los acontecimientos en San Sebastián de Garabandal. Yo siempre había deseado poner de manifiesto las contradicciones de todo orden que había observado en las apariciones de Lourdes y de Fátima, según los libros que había leído acerca de estas apariciones. Por eso decidí aprovechar la oportunidad que me ofrecían estas cuatro niñas españolas, quienes desde el alto pico de una aldea casi ignorada en la provincia de Santander, pasaron a ser actualidad internacional.

Como el tema de las apariciones me intrigaba desde mucho tiempo atrás, opté por hacer un viaje a la aldea y hablar con las niñas personalmente. El resultado de este viaje lo expongo en la primera parte del libro. Fue primeramente publicado en el periódico LA VERDAD, que me cabe el privilegio de dirigir. El lector acostumbrado a leer periódicos advertirá que esos cuatro cortos capítulos están escritos en forma de reportajes. Nada he querido cambiar de ellos, ni el estilo literario.

En la segunda parte del libro me aparto intencionadamente de lo ocurrido en la localidad española y analizo algunas de las incompatibilidades que existen entre lo que

las vírgenes aparecidas dicen y lo que dice Dios en la Biblia. Luego trato de explicar el origen de ese mundo fantástico de las apariciones y termino con un llamamiento a la conciencia del lector sincero para que se aparte de la impostura y dirija sus pasos por el camino de la Verdad.

Este libro no lo he escrito para académicos ni para intelectuales de talla. Estos están inmunizados contra el mito de las apariciones. No son ellos precisamente quienes se distinguen por sus visitas a los santuarios católicos.

Esta obrita la dedico al pueblo, a esa masa de peregrinos que arrastra sus enfermedades físicas y espirituales de un santuario a otro, de una a otra Virgen.

Teniendo esto en cuenta, he usado un vocabulario popular, lo más sencillo que he podido, para que los sencillos me entiendan.

Sé y lo admito, que en algunos pasajes mi lenguaje es atrevido, duro, hasta violento. No lo he podido evitar. Es la reacción natural de un ser que ha vivido el engaño que ahora repudia. No se trata, en modo alguno, de un vocabulario elegido para la ofensa. No. Es la sublevación de un espíritu sincero contra la desviación religiosa, contra el suicidio colectivo de las multitudes en los hábiles lazos del Enemigo. Es la indignación de un alma creyente contra los falsos guías religiosos que conducen al rebaño a la perdición. Mis quejas van dirigidas contra una institución religiosa, no contra los individuos miembros de esa institución, aunque bien sé que el hombre es inseparable de su ideal. Pido excusas, pues, a las personas que pudieran sentirse heridas con mi manera de exponer los errores en que incurren las apariciones.

Recuerden estas personas que son los mediquillos débiles, los indecisos, los que por falta de carácter y de dignidad profesional se limitan a suministrar al paciente calmante tras calmante, sin decidirse a atacar la enfermedad de frente. Por el contrario, el cirujano responsable no vacila en amputar el brazo o la pierna con tal de salvar el resto del cuer-

po. Nos causa un daño momentáneo, pero nos cura para siempre.

La salvación de un alma bien vale las heridas morales que la lectura de este libro pueda causarle. A la larga lo agradecerá.

Por lo demás, haga Dios que su lectura sencilla ilumine muchos cerebros cegados por el oscurantismo religioso y resplandezca en ellos la divina luz del Evangelio.

PRIMERA PARTE

Capítulo I

Empieza el mito

Por la prensa tuve conocimiento de los extraños acontecimientos que estaban ocurriendo en una aldea de la provincia de Santander. Al principio, los relatos que leía eran un poco confusos. Luego las noticias concretaban más. En San Sebastián de Garabandal, una aldea situada a setenta y ocho kilómetros de Santander, limitando con las provincias de Palencia, León y Asturias, la Virgen y los ángeles se estaban apareciendo casi a diario a cuatro niñas de la aldea. La primera aparición tuvo lugar el 18 de Junio de 1961. La noticia fue propagándose como la pólvora. A San Sebastián de Garabandal empezaron a acudir peregrinos de toda España y de más allá de nuestras fronteras, deseosos todos de presenciar aquellos "milagros" y de hablar con las niñas. Acudieron periodistas y reporteros gráficos y la noticia se extendió por todos los rincones de nuestra geografía peninsular. Dos meses después de la primera aparición, el periodista Carlos Echeve enviaba al semanario barcelonés *Por Qué* un amplió reportaje ilustrado con fotografías de las niñas, que apareció en el número 45 de la citada revista. Anteriormente, con fecha 26 de julio de 1961, la misma revista publicó otro reportaje sobre el caso, enviado desde Galicia por Ángel de la Vega. En su información, Carlos Echeve decía:

"Sí. Reportero y servidor de ustedes, hemos acudido con los centenares de peregrinos llegados de todas partes, a una de las supuestas apariciones.

Las cuatro niñas, cada una con su rosario, iniciaron el rezo

de rodillas. El silencio era impresionante. Parecía que nadie respiraba...

Estábamos en una calleja, cerca de un camino y ya lindando con la última casa del lugar; todos de rodillas sobre los guijarros, esperando, mirando atentamente al rostro sencillo, ingenuo de las cuatro niñas.

Escasamente llevarían cinco minutos de rezo cuando se observó en sus caritas infantiles algo extraño. Dejaron de orar y quedaron arrobadas en éxtasis, los ojos fijos en el cielo y, de vez en cuando, pronunciando palabras en voz muy queda, que no pudimos entender. Luego, reían las pequeñas...

Un escalofrío de emoción sacudió a cuantos presenciamos el suceso. Al periodista le sobrecogió ver al párroco del pueblo, don Valentín Marichalar, tratando de separar a las niñas del lugar en que se hallaban sin conseguir ni tan siquiera moverlas, tan petrificadas se encontraban”.

A estos relatos siguieron otros muchos. La misma revista *Por Qué* publicó un número extra, de 32 páginas, en formato menor que el ordinario, dando cuenta amplia de todos aquellos sucesos un tanto extraños. Periódicos de casi toda España informaron sobre el caso. Algunos informadores exageraban los hechos y en otros, como ocurrió en el semanario madrileño *Siete Fechas*, las noticias aparecían un tanto deformadas. Empezaron a acudir sacerdotes de toda España, eclesiásticos de todas las órdenes religiosas. El Obispo de Santander se creyó en el deber de hablar, de opinar sobre los acontecimientos. Publicó dos notas oficiales el 26 de agosto y el 24 de octubre de 1961. En ambas prohibía terminantemente las visitas de peregrinos a la aldea santanderina. En la última nota, el Obispo se expresaba así:

«Por lo que respecta a los sucesos que vienen ocurriendo en San Sebastián de Garabandal, pueblo de nuestra Diócesis debo deciros que en cumplimiento de nuestro deber pastoral y para salir al paso de interpretaciones ligeras y audaces de quienes se aventuran a dar sentencia definitiva

donde la Iglesia no cree aún prudente hacerlo, así como para orientar a las almas, venimos en declarar lo siguiente:

1) No consta que las mencionadas apariciones, visiones, locuciones o revelaciones puedan hasta ahora presentarse y ser tenidas con fundamento serio por verdaderas y auténticas.

2) Deben los sacerdotes abstenerse en absoluto de cuanto pueda contribuir a crear confusión entre el pueblo cristiano. Eviten, pues, cuidadosamente en cuanto de ellos dependa, la organización de visitas y peregrinaciones a los referidos lugares».

No obstante esta nota prohibitoria de monseñor Doroteo A. A., Obispo de Santander, los peregrinos continuaron afluyendo a la aldea santanderina. Por aquella misma fecha, Televisión Española envió un equipo de reporteros para filmar una película de los acontecimientos, que fue pasada a través de la pequeña pantalla. Revistas francesas como el importante semanario *Paris Match* publicaron reportajes y fotografías de los sucesos. El número de visitantes aumentaba por día. Unos por curiosidad, otros deseosos de "ver para creer", la pequeña aldea era diariamente visitada por numerosos forasteros. De Madrid acudieron importantes personalidades civiles, políticas y eclesiásticas, atraídas por "el milagro de las apariciones". Cosío, el pueblo más cercano a la aldea, a seis kilómetros de donde la carretera termina, se convirtió en un aparcamiento de coches lujosos, con matrículas de casi toda España. Un médico de Madrid, el doctor don José de la Vega, que también acudió a San Sebastián de Garabandal, presenció el "milagro" y "creyó", resumió sus impresiones en un artículo que publicó el periódico *Pensamiento Alavés*, de Vitoria, el 27 de Abril de 1962, es decir, siete meses después de la nota oficial del Obispo de Santander, desmintiendo la realidad de las apariciones. Queriendo o sin querer, el testimonio del Dr. José de la Vega contradecía en todo el pensamiento del Obispo. He aquí algunos párrafos del citado artículo:

“Desde el 18 de junio último, la Virgen se pasea casi a diario por ha tortuosas calles de un pueblecito perdido en las cumbres de los picos de Europa. Así lo afirman cuatro niñas de 10 a 12 años nacidas y criadas en plena montaña sanderina, sin más instrucción que las enseñanzas del cura párroco...

... Algunas horas más tarde presenciaba la segunda aparición. Era el amanecer del Sábado de Gloria. Llovía sin parar y el pueblo entero parecía un verdadero pastel de barro y piedras. Con una linterna seguíamos de prisa a una de las videntes que en éxtasis recorría el pueblo. Con las manos juntas estrechaba sobre su pecho un crucifijo. La cabeza fuertemente inclinada hacia atrás para mejor mirar al cielo con ojos sonrientes. De vez en cuando se arrodillaba y rezaba y besaba la cruz. Medio pueblo y todos los forasteros incluidos los niños, la seguíamos alucinados. Acabábamos de verla en su modesta cocina campesina en donde charlaba con nosotros medio dormida por la hora, las cuatro de la mañana, entrar bruscamente en éxtasis, cayendo de rodillas sin quemarse, sobre las calientes piedras del hogar encendido. Como transportada por los ángeles, se levantó y empezó a recorrer el pueblo. Dando trompicones en la oscuridad de la noche y salpicando barro hasta las orejas íbamos en pos de ella sin poder detenernos...

...De pronto, la niña se detiene sin llegar a la cima y retrocede camino abajo andando de espaldas, rozando apenas las piedras del camino y sin dejar de mirar y sonreír al cielo. Al llegar a la altura en que yo esperaba se detiene y se arrodilla sobre los guijarros dando un fuerte golpe con sus rodillas como si sobre una alfombra se tratase, levantó la cruz al cielo y me la dio a besar. Alrededor de su cuello cuelgan las medallas y rosarios de casi todos los asistentes. Busca con sus manos una cadena determinada mientras susurra más que habla con su invisible aparición:

Dime cual es, ¿es ésta? Levanta en su mano la medalla para darla a besar a la Virgen de su visión y oímos todos que

vuelve a murmurar: ...¡Pues dime de quién es!

Sin dudar ya más se vuelve hacia mi mujer y abriendo y cerrando el cierre de oro de la cadenita la coloca en su cuello. Emocionada y llorosa mi mujer cae de rodillas, como yo y como muchos de los que presenciamos la extraña escena. La niña le hace besar la medalla bendita por el aliento de la Virgen y la ayuda a levantarse del suelo con una sonrisa angelical que nunca olvidaremos...

...De la misma manera y con iguales o parecidas palabras me coloca a mí mi propia medalla, besada por la Virgen. Ya no pude contener más la emoción y lloré cayendo de rodillas...

...En este momento encontré la explicación de todo lo que no comprendía. En la celestial expresión de esa niña vi el reflejo de la Presencia invisible de la Virgen del Carmen sobre nuestras cabezas. De rodillas lloré emocionado y pedía a Dios perdón por mi incredulidad."

Este testimonio, con apariencias de veracidad y sinceridad, hizo que los más respetuosos con la Iglesia olvidaran la prohibición del Obispo y volvieran a la aldea. Tampoco fue el único testimonio de esta clase. En parecidos términos se manifestaban otras personas, incluyendo a varios sacerdotes. El párroco de la aldea fue trasladado a otro pueblo, pero repuesto nuevamente unos meses más tarde. Mientras tanto, las niñas aseguraban que la Virgen continuaba apareciéndose y seguía hablando con ellas. El Obispo de Santander volvió a enviar otra comisión para que investigara los hechos con más detalles. Resultado de este estudio fue otra nota oficial del Obispado de Santander, esta vez firmada por el nuevo Obispo de la Diócesis, monseñor Eugenio. La nota fue publicada el 10 de octubre de 1962 en todos los periódicos españoles, distribuida por la Agencia CIFRA. Esta vez el Obispo es más severo. Ya no ruega que se abstengan de ir a San Sebastián de Garabandal, sino que lo prohíbe terminantemente, afirmando, en contra de testimonios como el arriba citado, que todos aquellos fenómenos

tienen una explicación natural. He aquí cómo se expresaba el señor Obispo:

La comisión especial que entiende en los hechos que vienen sucediéndose en la aldea de San Sebastián de Garabandal nos ha remitido el correspondiente informe con fecha 4 de octubre del año en curso. Se ratifica la citada comisión en sus anteriores manifestaciones, juzgando que tales fenómenos carecen de todo signo de sobrenaturalidad y tienen una explicación de carácter natural...

...En su consecuencia... Prohibimos a todos los sacerdotes, tanto diocesanos como extradiocesanos, y a todos los religiosos, aún exentos, el concurrir al mencionado lugar sin expresa licencia de la autoridad diocesana. Reiteramos a todos los fieles la advertencia de que deben abstenerse de fomentar el ambiente creado por el desarrollo de estos hechos y que, por tanto, deben abstenerse de acudir a la citada aldea con este motivo”.

Con todo y ser tajante la nota del Obispo, a San Sebastián de Garabandal siguieron afluyendo los peregrinos, ansiosos de presenciar estas apariciones sobrenaturales. Aunque el Obispo de Santander, con toda su autoridad religiosa, haya dicho por tres veces que es mentira, que en la aldea no se aparecen ángeles ni vírgenes, que los fenómenos que ocurren tienen una explicación natural, las niñas dicen que sí, que ellas han visto a los ángeles y a la Virgen. La última “aparición” ocurrida, según mis noticias, fue el 14 de enero de 1963. Cuatro meses después de la última nota del Obispo. ¿Quién lleva razón? ¿Quién dice la verdad y quién la mentira? ¿Pueden aparecerse la Virgen y los Ángeles a los seres humanos? ¿Pueden hablar y hacerse entender por los de la tierra? ¿Habrá algo de diabólico en todo esto? ¿Pueden sugestionarse los médicos y otras muchas personas de indudable capacidad cultural? ¿Son necesarias estas apariciones para creer? ¿Cambian ellas nuestra naturaleza pecaminosa? ¿Qué dice sobre ello la Santa Biblia, Palabra infalible de Dios?

Pensando en los mitos de Fátima y de Lourdes y en tantos otros semejantes; sabiendo que el fanatismo y la superstición popular pueden dar origen a la divinización de fenómenos meramente naturales o hábilmente preparados con una marcada intención; conociendo que la misma doctrina católica admite que los hechos milagrosos, aún los más espectaculares, pueden tener tres orígenes distintos, a saber, superchería o alucinación humana, origen satánico u origen divino; quise investigar por mí mismo, ahora, cuando aún los sucesos están frescos en las mentes y toda falsificación es difícil, la verdad de estos acontecimientos. Para ello me trasladé a Santander. Durante varios días estuve recorriendo los pueblos de los alrededores, haciendo investigaciones aquí y allá, preguntando a unos y a otros. Notaba que cuanto más me acercaba a la aldea, menos se creía en los "milagros". Subí a San Sebastián de Garabandal una mañana de febrero último, con alguna lluvia y mucho barro. Hablé personalmente con las niñas, con sus padres, con el párroco de la aldea y con los vecinos. Luego, ya en Madrid, me entrevisté con personas que estuvieron en la aldea, que dicen presenciaron los milagros y creyeron. Recogí numerosos apuntes que ahora me propongo ordenar y publicar para que nuestros lectores comprueben por sí mismos como empieza y como se va forjando este mito de las apariciones milagrosas.

Capítulo II

En busca del mito

Rodar por la carretera de Madrid a Santander en el mes de febrero es un recreo para el espíritu. El Puerto de Somosierra presentaba un espectáculo fantástico. La nieve cubría casi del todo las montañas y llegaba hasta el mismo borde de la carretera. Los chopos desnudos, erguidos, altaneros, parecían centinelas de uniforme vigilando la blancura del paisaje. En el mismo Somosierra, a 1.440 metros sobre el nivel del mar, las casitas parecían surgir de entre la nieve, dando la impresión de un paisaje siberiano, tan maravillosamente descrito por los clásicos rusos.

Mientras agarraba el volante con firmeza y reducía la velocidad al mínimo para evitar el patinaje de las ruedas, pensaba con cierta nostalgia en los habitantes de aquellos pueblecitos que, cada mañana, al dejar sus lechos y ver la pureza de los montes podían pensar en la parte blanca de la vida. Consideré que esto ya suponía un privilegio, vivir una buena parte del año con paisaje de Navidad.

Quedaron atrás Aranda de Duero y Burgos, con su Catedral siglo XIII construida en forma de cruz latina y sus torres rematando en magníficas agujas de construcción delicada. ¡Catedrales españolas, que deslumbráis al alma peregrina con vuestra grandiosidad, con la ostentación de vuestro arte, con la acumulación de vuestras riquezas, mientras en vuestras heladas y solitarias naves duerme sueño de muerte el "Cristo español que no ha vivido, negro como el mantillo de la tierra".

Puerto del Escudo. Otro paisaje de nieve y montañas. 1.011 metros sobre el nivel del mar. La carretera parecía una serpiente de piel grisácea paseando caprichosa por en-

tre blancas montañas. Dormí en Santander y a la mañana siguiente me informé de la carretera que debía tomar para San Sebastián de Garabandal. Un garagista amable de Astilleros me dibujó un pequeño croquis con los nombres de los pueblos por donde había de pasar: Torrelavega, Cabezón de la Sal, Valle de Cabuérniga, Puentenansa, Cosío y San Sebastián de Garabandal. De ellos, sólo el primero figuraba en el mapa de carreteras que yo llevaba.

De Santander a San Sebastián de Garabandal sólo hay 75 kilómetros, pero el mal estado de las carreteras obliga al automovilista a conducir muy moderadamente. Hasta Torrelavega se rueda sin dificultad por la general de Asturias, pero una vez allí hay que desviarse por otras carreteras y pistas más estrechas y en no muy buenas condiciones. Yo no tenía prisa por llegar y aprovechaba todas las ocasiones que se me presentaban para hablar de las "apariciones" y conocer las opiniones de toda aquella buena gente que encontraba a mi paso.

Algunos se negaban a opinar; muchos creían de corazón; otros, la mayoría, no creían en tales apariciones. Pero eso sí, todos estaban perfectamente informados de los hechos.

En Torrelavega pude hablar con un fotógrafo que había estado en la aldea y había captado imágenes de las niñas mientras se encontraban en éxtasis, en sus pretendidas conversaciones con la Virgen. También había filmado una película en 16 milímetros de los sucesos que tuvieron lugar en la aldea el 18 de Octubre de 1961. Le pedí que me vendiera unas fotos de las niñas y me dijo que no.

– Yo no hago comercio con estas cosas sagradas – fueron sus palabras.

– Así, ¿usted cree que la Virgen se ha aparecido en la aldea y ha hablado con las niñas? – le pregunté.

– Sí, lo creo con toda mi alma; yo he visto con mis propios ojos a las niñas cuando hablaban con la Virgen.

– Y a la Virgen, ¿la oyó usted?

– No, sólo las niñas podían oírla.

– Pero –insistí yo– usted sabe lo que ha dicho el Obispo, que todo eso tiene una explicación natural.

– Sí, lo sé, y yo me atengo a lo que diga la Iglesia, pero el señor Obispo no ha estado con las niñas en los momentos en que éstas hablaban con la Virgen.

Seguí hacia Cabezón de la Sal. Penetré en un pequeño bar donde un grupo de desocupados agricultores procuraban ahuyentar el frío de aquella mañana invernal con unos buenos vasos de vino. Para poder entrar en conversación con ellos pedí vino tinto también. Cuando pregunté al que tenía más cerca si había oído hablar de las apariciones de San Sebastián de Garabandal, el montañés me dirigió una mirada burlona. Sus ojos pequeños, gastados de tanto mirar la tierra con seriedad, casi con devoción, rieron complacidos. Otro me contestó por él.

– Ya lo creo que hemos oído hablar. ¡Demasiado!

– Y ¿qué piensan ustedes? – quise saber.

– Que todo fue un cuento hábilmente preparado.

– No todo fue cuento –intervino un tercero–. Lo que pasa es que éste no va nunca a la Iglesia y no cree.

Yo apuré el contenido de mi vaso y di gracias a Dios por la pequeñez del mismo.

– Entonces –pregunté al último que había hablado– ¿usted cree que los ángeles y la Virgen se han aparecido en la aldea?

– Sí señor, lo creo; en mi casa lo creemos todos: mi mujer, mis hijos, mis yernos, todos, porque hemos estado allí. Estos no han visto nada.

– ¿Tiene usted algunas fotografías de las niñas?

– Tengo dos, pero no quiero desprenderme de ellas. Si desea comprar algunas, yo puedo darle la dirección de un fotógrafo de Cabezón que posee una buena colección.

El hombre que estaba tras el mostrador intervino con un guiño picaresco en los ojos.

– A ése sí que le han venido bien lo de las apariciones ❖